

PRÓLOGO

Por Fernando Solana Olivares

I.

Todo recuento es una imprecisión organizada. Aun el pormenor riguroso que suma todas las partes de una acción deja de lado, porque no puede incorporarlo, aquello que se define como el lugar donde vive Dios: el matiz. Así pues, todo recuerdo entraña la pérdida del detalle, del intersticio, de la grieta, y en su lugar aparecen texturas de trazos uniformes. La memoria no acumula sino discrimina, no almacena sino rechaza, se defiende de repetir línea por línea la vida ya vivida. O ya publicada, que éste es el caso.

Sacrificando toda particularidad enfática ---una de ellas, que fue razón determinante: la inteligencia y sensibilidad de José Carreño Carlón, el notable director del periódico entonces---, puede decirse que las características básicas del suplemento cultural *Dominical* y de la sección diaria de Cultura de *El Nacional* entre 1990 y 1993, donde Estela Leñero publicara varios de los textos que integran este volumen, fueron lo múltiple y lo diverso.

Desde su primer número, el suplemento *Dominical* obedeció a una política editorial donde se reuniesen contenidos provenientes tanto de los temas habitualmente considerados como cultura popular ---la sociedad del espectáculo en todas sus facetas, los usos conductuales y los hábitos de la vida cotidiana, las formas del placer y lo inmediato, etcétera---, como de aquellos otros denominados alta cultura, temas de creación artística y de reflexión intelectual en todas sus variedades. A esta mixtura, que demostró muy pronto su acierto y convirtió al suplemento en uno de los más leídos en la prensa mexicana de su momento, correspondió una selección gráfica donde se valoraban por sí mismos los contenidos visuales: viñetas, ilustraciones, fotografías.

Como parte de la poderosa y eficaz tradición de los suplementos culturales de la prensa mexicana en la segunda mitad del siglo veinte, tal actitud iconoclasta significó una renovación, una nueva suma de contenidos antes no vinculados entre sí, y el encuentro con un público también renovado que en una buena proporción no acostumbraba antes frecuentar publicaciones culturales y menos adquirir un periódico cuya fama oficialista era un grosero obstáculo a superar. Durante una disputa que aconteció por esos días, algunos intelectuales encabezados por Octavio Paz llamaron a *El Nacional* el *Pravda* mexicano. En algún sentido --- intención editorial, propiedad específica y tarea política--- no les faltaba razón. En otro erraban a sabiendas. Pocos diarios pudieron exhibir una libertad tan completa en el ámbito de la cultura como lo hizo en tal época *El Nacional*. Ningún tema, ningún tratamiento, ningún autor fueron censurados. Su condición de empresa gubernamental no le impidió abrir sus puertas a todos los grupos y protagonistas del quehacer cultural mexicano, e incrementar sensiblemente las tarifas usuales en el medio periodístico cultural para retribuir un trabajo tradicionalmente mal pagado. La dilatada nómina temática del suplemento cumplió como una ventana abierta de par en par, opulento observatorio de la cultura contemporánea.

Similar fue el empeño de la sección diaria de Cultura, vinculada orgánicamente al suplemento *Dominical*. Todos los días durante tres años la sección publicó textos inusuales, más propios en apariencia de una publicación semanal. Contra todo pronóstico y contra toda práctica, se elaboró cotidianamente como si fuera un suplemento y en ella se publicaron traducciones inéditas, ensayos poco comunes, cuentos y fragmentos de novela, poemas y aforismos, adelantos de obras más amplias. Se recuperaron autores, muertos y vivos, que la impaciencia cronológica y la desmemoria habían desterrado del histérico fragor informativo, se dio cuenta perseverante de un libro al día, se reciclaron textos y nombres inéditos para las nuevas generaciones. En suma: se abandonó el énfasis informativo de lo inmediato, haciendo de la cultura, de sus artífices y de sus productos concretos el verdadero hecho cultural.

II.

En este escueto balance de un corto verano periodístico sucedido al inicio de la década pasada ---quizá un abuso del prólogo antes que un contexto debido a la nostalgia, porque la historia se hace en fragmentos, los recuerdos también---, deben contarse las imprescindibles colaboraciones sobre teatro de Estela Leñero: una vertiginosa cartografía del pulso febril de la cultura teatral, rama fundamental de las artes que en su realización condensa y refleja el espíritu del momento, sus demonios actuantes y sus dioses tutelares, sus pulsiones subterráneas y obvias, el febril mercado del deseo insatisfecho: la vida misma, pues, un gran teatro como tal montado en teatros donde extrañas, perseverantes y sacrificadas tribus de actores, directores, dramaturgos y técnicos ponen en escena la realidad estética, la realidad real.

Las entrevistas, reseñas, crónicas y ensayos de Estela Leñero que integran este volumen son un coro de voces cuya expresividad y sentido debe buscarse en la pertenencia al gremio teatral de la autora, en la condición de creadora escénica ---así fuera solamente por este libro, y es por mucho más--- que le permite ser parte del fenómeno a documentar: micrología, extremo acercamiento, participación. La novedad y frescura de estos textos, su precisión informada y su claridad metódica, provienen de un ejercicio crítico originado en el seno mismo del teatro mexicano. Sus preguntas son aquellas que sólo el conocimiento de causa ---otra denominación para decir: el amor al oficio--- permitiría hacer, así como la elección de los interrogados en las más de treinta entrevistas agrupadas en la primera parte, “Huellas efímeras”, compone una selecta galería y una sintética enciclopedia sobre casi una década entera del teatro mexicano y sus brillantes hacedores. Los capítulos acerca de las generaciones emergentes devienen en un muestrario de quienes continuarán ese linaje estético renovándolo, y el recuento de

manifestaciones teatrales en otras partes del globo, muestra una voluntad cosmopolita. Nombres y obras que los empeños de Estela Leñero retribuyen para dispensar al teatro de su sublime condena a ser un espectáculo efímero, convirtiéndolo entonces en patrimonio sensible de la memoria común.

Convirtiéndolo también en un retrato de época poliédrico, agudo, literario, simbólico, referencial y, si se quiere, hasta anticipatorio: lo que habrá hoy o mañana preguntado, reseñado, ensayado y escrito apenas ayer. No solamente en cuanto a las evidencias creativas que este libro consigna, comprobante textual sobre la existencia de una corriente canónica que lleva a cierta gente a mantener las lecciones del espíritu, aun en momentos aciagos para la lírica. Leyendo este libro puede recordarse la historia del grupo europeo de teatro que escapa de su ciudad al ser bombardeada y se marcha a otra donde antes de oscurecer monta la obra que debió suspender horas antes.

Es posible que un amor así llene esta obra. Su autora comparte esa convicción inevitable, una fortaleza del espíritu sensible: que hacer teatro y documentarlo es necesario para hacer vida. Compensación ontológica y razonable en el teatro inagotable que llamamos existencia. Crear es una forma de amar.

III.

Durante tres años fui el editor de las colaboraciones de Estela Leñero. Cuando sus grandes ojos árabes se asomaban por la redacción una luz inteligente llenaba los rincones de ese espacio de todos y de nadie, que sólo se volvía propio cuando colaboradoras como ella por allí se asomaban. Los materiales que ponía sobre la mesa atiborrada estaban plenos del mismo vivo impulso del que estaban llenos sus ojos. Por eso suele decirse que toda virtud es energía. Como en la impecable ecuación artística que Estela Leñero logra en *Voces de teatro en México a fin de milenio*, una bitácora energética y virtuosa al modo de un sugerente espejo: el tema y quien lo escribió.